

# EL HOMBRE-DIOS

## TRATADO DE LAS DOS NATURALEZAS

*Trata de las dos naturalezas divina y humana reunidas indivisiblemente para la eternidad y que se constituirán en un solo y único ser en la persona de Jesús-Cristo, Dios y Hombre, Redentor de los hombres, Soberano Juez de vivos y muertos, acompañado de reflexiones sobre la conducta de Pilatos y de una meditación sobre el gran misterio de la Cruz.*



**Jean-Baptiste Willermoz**

-1-

## DE LA INFIDELIDAD DEL HOMBRE PRIMITIVO

Vimos, en los primeros desarrollos de la Doctrina, que el hombre primitivo había sido investido de un gran poder que le hacía superior a todos los agentes espirituales que habían sido colocados con él en el espacio creado, para manifestar bajo su dirección su acción particular temporal; que él había sido establecido, principalmente, como el dominador de los espíritus perversos que allí estaban retenidos en privación; que había sido situado en el centro de las cuatro regiones celestes del universo creado, para ejercer su poderosa acción universal, y que desde allí podía ser un verdadero intelecto del bien para los espíritus perversos transmitiéndoles algunos conceptos de ese bien del cual estaban eternamente separados.

Pero este infeliz hombre con tan gran poder, fuertemente prevenido contra los ataques y los trucos de su enemigo, tan superior a todo lo que existía con él en el recinto universal y que no tenía sobre él más que a su creador, se equivocó, fue seducido, caído en desdicha, y condenado a la muerte como aquellos por los que había sido amenazado.

¿Que ser con suficiente poder y suficientemente puro podía relevarlo de su estado, que no fuese Dios mismo?

Pero esta imagen desfigurada de su Creador había atacado su unidad y su poder. ¡Este inicuo delegado, este representante infiel de su Dios, se unió, se alió con su enemigo para traicionar los más queridos intereses de los que él había sido encargado! Abusó terriblemente de todos los dones, de todos los poderes que había recibido, y por un exceso inaudito de ingratitud, ultrajó insolentemente su amor y su ternura. Se precisa por lo tanto una gran víctima para satisfacer la Justicia divina, ya que si la Misericordia de Dios es infinita y sin límite, su Justicia lo es también, y no puede ser interrumpida más que por una reparación proporcional a la ofensa. Era necesaria una víctima pura y sin mancha, de la propia naturaleza humana del prevaricador, y puesto que era el hombre el que, por su crimen, había hecho entrar la muerte en el mundo, era necesario que esta santa víctima se sacrificase voluntariamente a la muerte, una muerte injusta, violenta e ignominiosa que pudiera reparar tal ofensa. Era necesario finalmente que el Justo, por su sacrificio voluntario, quedara vencedor de la muerte del pecado, afín de que lo que la Justicia divina había pronunciado, el fin irrevocable contra la raza del prevaricador, no fuera ya más que un sueño y un paso de la vida temporal a la vida eterna para todos los que, a su ejemplo, abandonando durante la duración de su expiación individual su libre albedrío, su voluntad propia a la única voluntad de Dios, merecieran recoger los frutos.

Un Segundo Adán, emanado del seno de Dios en toda su pureza y santidad, se sacrificó y se ofreció como víctima a la Justicia divina por la salud de sus hermanos, su ofrecimiento fue aceptado por la Misericordia. Inmediatamente la Sabiduría increada, el Verbo de Dios, que es Dios, el hijo único, imagen y esplendor del Padre Todopoderoso, se sacrificó para unirse íntimamente y para la eternidad con la inteligencia humana del nuevo Adán, para fortificarlo en su sacrificio, para completar su triunfo, y hacerle, por una resurrección gloriosa, verdadero vencedor de la muerte.

-2-

## **DE LA UNIÓN MISTERIOSA DE LAS DOS NATURALEZAS**

Es por la unión incomprensible de la naturaleza divina a la naturaleza humana, obra del amor infinito de Dios para con los hombres, que se realiza la gran obra de la Redención del género humano y el establecimiento de la santa religión que le enseñara a conocer el verdadero culto a rendir a su Creador, el único que a él le puede agradar. Religión que no podía haber sido fundada firmemente más que por la revelación de un Dios encarnado, hablando familiarmente a los hombres, y que les probaría en todo momento y durante la duración de su misión temporal, su Divinidad, la verdad de sus dogmas, la pureza y la excelencia de su moral a través de los milagros más brillantes de todos los

tiempos. He aquí los dos grandes objetivos que, en las intenciones del Amor y de la Misericordia de Dios para los hombres degradados y corrompidos, hicieron necesaria la unión de las dos naturalezas en la persona de Jesús-Cristo.

Esta unión íntima, absoluta, convertida en unión eternamente inseparable del Verbo creador de todos los seres con una pura criatura humana, para poder instruirle públicamente, sufrir y morir en ella, es un acto del Amor de Dios para con los hombres tan extraordinario, tan inconcebible y tan por encima de todo entendimiento humano, que de todos los actos revelados a la fe cristiana, es el que ha sido en todos los tiempos y es todavía el más impugnado.

Los contemporáneos de Jesús-Cristo, aunque testigos cotidianos de la multitud de brillantes milagros que realizaba ante ellos, solo vieron en él al hombre y negaban su Divinidad. Sus discípulos, sus apóstoles, aunque informados por él y testigos de los mismos prodigios, no le creyeron más que débilmente, hasta que tres días después de su muerte, estando convencidos de la verdad de su resurrección que les había vaticinado, y escuchando sus instrucciones durante cuarenta días, lo vieron subir divinamente al cielo, en su humanidad glorificada.

**-3-**

## **DE LA NECESIDAD DE LA ENCARNACIÓN DIVINA**

¿Es necesario entonces asombrarse, si el hombre actual, que no admite otro testimonio que el de sus sentidos físicos y materiales, niega todavía para su desdicha esta gran verdad? Hay muchos cuya inteligencia está menos cerrada que lo niegan también o que solo lo reconocen, muy débilmente, y más por el sentimiento del deber que la instrucción les sugiere que por la persuasión, porque solo sienten todavía la necesidad de una intervención directa y personal de la Divinidad en el acto de la expiación satisfactoria que el hombre debe a la Justicia divina. Viendo en Dios y en el hombre, caído de su estado glorioso, los dos puntos extremos del orden espiritual, ellos imaginan en las clases angélicas los agentes espirituales intermedios suficientemente puros y poderosos para acercar al hombre a Dios, sin que sea necesario que Dios se someta a la encarnación. La duda y el error de ellos solo procede de la ignorancia en la cual están generalmente sumidos los hombres desde hace tiempo sobre la causa ocasional de la creación del universo, sobre las intenciones de Dios en la emanación y la emancipación del hombre, sobre su alto destino en el centro de las especies, y finalmente sobre los grandes privilegios, el gran poder y la gran superioridad que se le dio sobre los todos seres buenos y malos que se encontraban con él. Todas estas cosas eran perfectamente conocidas por los dirigentes de la Iglesia cristiana, por aquellos a los que les estaba reservado el conocimiento casi exclusivamente, durante los cinco o seis primeros siglos del cristianismo. Mejor instruidos sobre estos puntos importantes, no llegaron a la conclusión de que para rehabilitar a un ser tan grande, tan poderoso, era necesario a

Dios mismo. Hay otros también que, reconociendo la necesidad de una gran y santa víctima que se entregase voluntariamente al sufrimiento y a la muerte para satisfacer la Justicia divina, pero reconociendo al mismo tiempo que Dios es impassible en todo su ser, y que la reparación del crimen solo podía ser meritoria si era realizada por un ser de la misma y propia naturaleza del que la había cometido, negaron la Divinidad del Redentor.

**-4-**

## **DE LA MUERTE DE DIOS SOBRE LA CRUZ**

Sí, sin duda, Dios es impassible, y nada en la naturaleza divina puede sufrir ni morir; sería una gran blasfemia atreverse a decir lo contrario. Esta es la razón por la que los oradores cristianos se entregan en el púlpito de la verdad a un celo excesivo, a expresiones impropias que les parece dar más energía a sus pensamientos, exclamando a menudo: “Dios murió por los hombres”, faltan a su objetivo esencial, ya que no deben esperar convencer a sus oyentes cuando pretenden hacerles creer lo imposible. Porque en Jesús-Cristo, que reúne en su persona y de una manera eternamente inseparable, la naturaleza divina y la naturaleza humana en su más alto grado de perfección, el hombre puro solo sufre y muere; y con su inteligencia humana, cuando ella abandona su cuerpo, afluye la esencia divina que le está indivisiblemente unida. El Poder del Verbo de Dios que reside en toda su plenitud en su santa humanidad vela por ella, la sostiene en sus luchas frecuentes y mortales, multiplica sus fuerzas, fortalece su voluntad, su sumisión, su perfecta resignación hasta la consumación de su sacrificio expiatorio, y le asegura el triunfo sobre todos los poderes del infierno desencadenados contra él, dándole todos los honores de la victoria; y como recompensa del buen uso que hizo de sus propios medios y del poder que se le dio, lo resucitó de la tumba, lo glorificó, lo divinizó, lo subió a lo alto de los cielos y le hizo sentarse con él sobre uno de los tronos eternos, y donde confundiéndose, por así decir con él, le establece como Soberano Juez de los vivos y de los muertos, y como el Dios eternamente visible a los ángeles y a los hombres santificados que él reconoce como sus hermanos.

**-5-**

## **DE LA IMITACIÓN DE JESÚS-CRISTO**

Las dos naturalezas que reconocemos en la persona del divino Reparador universal están tan realmente unidas, y aparentemente tan fundidas, que parecen habitualmente operar simultáneamente. Tienen sin embargo cada una su acción propia y diferenciada, que, en muchos casos, actúan separadamente.

Es por lo tanto muy importante para el verdadero cristiano, que cuando se le propone una de ellas como ejemplo, no confundirlas y aprender siempre a discernirlas. Este examen no puede sino reafirmar la fe de los creyentes, y puede ser especialmente útil a ese gran número de cristianos liberados y despreocupados que, para hacer disculpar su indolencia, no cesan de repetir:

“No es posible para el hombre imitar la conducta siempre sabia e irreprochable de un Dios”. No, sin duda, no es posible para un hombre tan débil ser tan perfecto, pero por muy débil que sea, puede esforzarse en imitar, tanto como le sea posible, al hombre puro, unido a Dios, que Dios mismo le propone como modelo.

-6-

## DE LA UNIÓN DEL VERBO A JESÚS

El divino Reconciliador de los hombres, el Deseado de las naciones, el Mesías prometido a la fe de Abraham padre de todos los creyentes, vaticinado por Jacob a sus hijos cuando moría, y tan claramente anunciado por un gran número de profetas que se sucedieron los unos a los otros durante una larga secuencia de siglos como debiendo nacer de una virgen de la raza de Abraham y de la familia del rey David, aparece finalmente sobre la Tierra al final del cuarto milenio del mundo, en el tiempo determinado por la Sabiduría increada para la realización de los grandes deseos de su divina Misericordia.

El arcángel Gabriel es enviado por Dios a la Virgen María en la pequeña ciudad de Nazaret, para anunciarle la gloriosa maternidad por la cual ella está destinada a cooperar en la gran Obra de la Redención de los hombres. La aparición súbita del ángel turba el alma de esta virgen tan pura; su pudor se alarma por la maternidad que le es anunciada, declarando no conocer a ningún hombre. Ella solo da su consentimiento cuando después de haber sido completamente tranquilizada sobre los medios, el ángel le declara que su maternidad sería la obra de Dios mismo por el intermedio del Espíritu Santo, y que su virginidad seguiría estando intacta.

En el instante mismo de su consentimiento comienza la realización el gran Misterio; ya que ese mismo momento el Verbo de Dios, que es Dios mismo, la segunda Persona y el poder de la Santa Trinidad, presionado por su ardiente amor por las criaturas humanas se une indisolublemente y para toda la eternidad al alma humana, pura y santa de Jesús, que, por amor para sus hermanos, y para reconciliarlos con Dios al satisfacer para ellos la Justicia divina, se sacrificó a la ignominia, a los sufrimientos y la muerte.

El Verbo todopoderoso de Dios, a imagen y esplendor del Padre eterno desciende de los cielos para venir a incorporarse con el alma humana de Jesús en el casto seno de la bienaventurada Virgen María, para ser eternamente una sola y única Persona con dos naturalezas distintas. Es en el momento de su consentimiento que el hombre-dios se

forma corporalmente en el seno virginal de María, de su pura sustancia, de ese puro limo quintaesencia de la tierra virgen de su madre. Él se forma allí y se compone, al igual que los otros hombres que vienen para un tiempo sobre la Tierra, de una triple sustancia, es decir de un espíritu puro, inteligente e inmortal, de una alma pasiva en la vida pasajera, y de un cuerpo de materia, pero de materia pura y no manchada que no procede, como en todos los demás hombres, de la concupiscencia de los sentidos, por el intermedio únicamente del Espíritu Santo, sin la ayuda de ningún hombre, ni de ningún agente físico de la materia. Es por este prodigio del amor infinito de Dios para su criatura amada y seducida, que ha quedado por su crimen para siempre esclava y víctima del Demonio, que se realizó el inefable e incomprensible misterio de la encarnación divina para la redención de los hombres, por Jesús-Cristo nuestro único Señor y Maestro, que quiso, para garantizar el efecto, reunir en él por una unión indisoluble la naturaleza humana del prevaricador y su propia naturaleza divina.

-7-

## **DE LA NATURALEZA CUATERNARIA DE JESÚS-CRISTO**

Hemos reconocido que el animal en bruto es un compuesto binario de un alma, vida pasiva y pasajera, y de un cuerpo de materia que desaparece completamente después del tiempo que le estaba prescrito; que el hombre es, durante su estancia pasajera sobre la Tierra un compuesto ternario: compuesto de las dos sustancias pasajeras que acabamos de citar que lo constituyen como un animal en bruto, y de un espíritu inteligente e inmortal por el cual es realmente imagen y semejanza divina. Pero en Jesús-Cristo hombre-Dios y divino se encuentra durante su vida temporal sobre la Tierra un conjunto cuaternario que lo distingue eminentemente de todas las criaturas, es decir: las tres sustancias que acabamos de mencionar en el hombre temporal, más el Ser mismo de Dios que se unió para la eternidad al ser inteligente e inmortal del hombre, para formar un ser único y una única Persona con dos naturalezas.

Él, que por esta unión tan gloriosa, podía nacer a su elección en la familia más opulenta, en el seno de los poderosos, sobre el trono más brillante, prefirió nacer en un establo, en una familia desconocida y pobre, con una profesión abyecta, más expuesto a los menosprecios y a las humillaciones que acompañan generalmente a la indigencia. Es bien evidente por todo esto, que desde su venida al mundo quiso ser el modelo y la consolación de los pobres, que quiso al mismo tiempo inspirar el menosprecio por las riquezas y hacer sentir a los que las poseían los grandes peligros a los que se exponen todos los que no hicieran el uso prescrito por su moral y por sus preceptos.

## DE LOS NOMBRES OTORGADOS AL MESÍAS

Veamos ahora en los santos Evangelios que hablan del divino Mesías, si Él se presenta a los hombres cómo los evangelistas lo denominan y lo califican, y cómo se califica a sí mismo. Nosotros encontramos, a partir de nuevos informes, un nuevo fondo de instrucciones con la confirmación de lo que dijimos anteriormente sobre este tema tan importante. Nosotros lo venimos denominando como Jesús o el hijo del hombre; como Dios-hombre u hombre-Dios, y finalmente como el Hijo de Dios o Jesús-Cristo.

Estas distintas denominaciones que están aplicadas al mismo ser pueden parecer a primera vista casi sinónimos, pero sin embargo no lo son, ya que presentan sentidos diferentes que es necesario no confundir, puesto que son relativos a las dos naturalezas distintas que se encuentran unidas en un único y mismo ser. Un examen reflexivo de sus acciones durante su vida temporal demuestra esta verdad.

En efecto, vemos en Jesús al hombre puro y santo que tiene un sublime destino, prescindiendo de la Divinidad que reside en Él, pero que no está todavía manifestada. En el hijo del hombre vemos la misma naturaleza humana. Él se califica así porque que quiere ocultar a los Judíos y a los

Demonios su Divinidad, presentándose a ellos como un descendiente de Adán, padre común de todos los hombres, y manifiesta no ser más que el hijo de José hasta que el gran misterio de la encarnación sea revelado a los hombres. En el hombre-Dios, es el hombre puro y santo, en el que la acción parece prevalecer sobre la de la Divinidad que se vela en Él. En el Dios-hombre es lo contrario, la acción divina es la que se muestra predominante sobre la del hombre. En el Hijo de Dios, esta es la cualidad esencial que el arcángel anunció a María, su encarnación, es la Divinidad que se manifiesta con todo resplandor por medio de su santa humanidad. Finalmente en Jesús-Cristo, es el hombre-Dios y divino, son las dos naturalezas unidas en un sólo y mismo ser que operan juntas bajo una forma humana, las acciones reunidas que pertenecen a cada una ellas.

En general Jesús, desde su nacimiento hasta el bautismo en el Jordán, en la tentación del Demonio que él sufre en el desierto, en su agonía en el Jardín de los Olivos, en todo el curso de su Pasión sobre la Cruz, solo representa al hombre puro, santo y perfecto, enteramente sacrificado a la Justicia divina y abandonado a el mismo, a su libre albedrío. La Divinidad que reside esencialmente en Él aparece y suspende su acción para dejar a su santa humanidad todo el honor de la victoria reparadora, sin separarse de Él un solo momento.

Se sitúa como espectador del gran combate, y lo sostiene durante toda su duración con su presencia. Es ahí donde el hombre-Dios, así abandonado, es realmente el modelo realizado de todos los hombres.

Pero cuando Jesús-Cristo comienza su misión, al ruego de su madre que está presente con él en el festín de las Bodas de Canaán, transforma el agua por vino; en el desierto y sobre las montañas multiplica algunos panes y algunos peces en una cantidad suficiente para alimentar entre 4000 y 5000 hombres extenuados de hambre y que lo que queda en pedazos recogidos después de haberlos satisfecho a todos, da para llenar más cestas de las que tenían antes de la distribución; cuando Él fuerza a los demonios a obedecer sus órdenes y abandonar inmediatamente los cuerpos de los pecadores que estaban poseídos; cuando ordena como dueño y Señor al mar, a los vientos y a la tempestad que se calmen, y le obedecen; cuando hace llevarle en su cama a la parálítica, que, desde hace 38 años, esperaba vanamente cerca de la piscina la ayuda del ángel y su curación; cuando le revela el fondo de los pensamientos más secretos a la mujer de Samaria y de muchos otros; cuando resucita al hijo de Jairo, el único hijo de la viuda de Naim que estaba enterrado, y más particularmente todavía Lázaro, este hermano amado de Marta y María, a quien Jesús amaba, que, desde hacía cuatro días, estaba enterrado en el sepulcro y cuya carne corrompida ya extendía una gran infección, y que, sin embargo, a su orden, salió del sepulcro y caminó delante de todas las personas, con las piernas y las demás partes del cuerpo embalsamadas con tiras de tela; cuando se le ve realizar todas estas cosas y una multitud de otras tan extraordinarias, ¿quién podría dudar que es el Verbo todopoderoso de Dios el que habla y controla toda la naturaleza por la boca del hombre-Dios?

**-9-**

## **DE LA VIDA TEMPORAL DE JESÚS-CRISTO**

Habiendo diferenciado en él las dos naturalezas indivisiblemente reunidas en una sola y única persona, percibimos rápidamente las principales circunstancias de su vida temporal; ellas completarán nuestra instrucción. Jesús niño, adolescente y hasta la edad de 30 años, no parece ser más que un hombre ordinario, distinguido únicamente por una sabiduría por encima de la de su edad, por su docilidad y por su sumisión hacia sus padres. Se somete a todos los trabajos, a todos los cansancios y a todas las necesidades de la vida común.

Alcanzada la edad de los 30 años, momento en el cual debe comenzar públicamente su misión reparadora y la instrucción de sus discípulos, después de haber sido bautizado en el Jordán por Juan que le reconoce y le proclama como el Mesías prometido, su Divinidad se manifiesta por primera vez por la bajada del Espíritu Santo que se viene a posar en él, y por las brillantes palabras del Padre Celestial que lo declara como su hijo bien amado “en el cual ha depositado todo su afecto y ordena a los hombres que le escuchen”. Por lo tanto, comienza su misión divina.

Se retira al desierto para prepararse como hombre orando y con un ayuno riguroso durante 40 días. Durante esos 40 días, sufre el hambre, necesidad humana que demuestra



claramente que era su pura y única humanidad la que se preparaba así rigurosamente para los actos importantes que debía realizar.

El momento donde se prueba esta necesidad física de su humanidad es el instante mismo en que el Príncipe de los Demonios aprovecha para tentarlo en todo su ser, es decir en las necesidades físicas de su cuerpo, en la vida pasiva y pasajera de ese cuerpo, y en su naturaleza activa y espiritual, para aclarar las sospechas que tiene sobre la verdadera naturaleza de Jesús y asegurarse de si la Divinidad residía o no residía en él, y finalmente si era o no el Mesías prometido; Misterio que la Sabiduría Divina quería ocultar al Demonio, lo que pudo realizarse enteramente.

Es necesario observar aquí cuidadosamente las tres distintas clases de ataques que el Demonio lleva astutamente sobre las tres partes componentes del hombre físico. Primeramente, ataca a Jesús en su forma corporal en relación con sus necesidades, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: “si eres Dios, haz que estas piedras se conviertan en panes”. La segunda vez, después de esta inútil tentativa, le ataca en su vida pasiva, animal y corporal, diciéndole sobre la cumbre de la montaña: “si eres el hijo de Dios, tírate abajo, Él hará que no te hagas ningún mal”. Por tercera vez, después de este segundo ataque el cual él rechaza como el primero, dirige el tercer ataque, que es el más importante, sobre el ser espiritual de Jesús, diciéndole: “Si te postras delante de mí y me adoras, te daré todos los reinos del mundo que estás viendo, y que me pertenecen”.

Esta manera de actuar del Demonio es siempre la misma, siendo por su forma corporal que ataca al hombre. Busca seducirlo por los sentidos materiales, por el amor a la vida animal y pasajera, y por su afecto animal y sensible.

Son las puertas por las cuales busca introducirse en él para después atacarle con más éxito en su ser espiritual.

El hombre-Dios soporta estos tres ataques por la fuerza de su pura voluntad humana recibiendo en seguida la recompensa puesto que los ángeles vinieron a servirle. Su victoria sobre el Demonio nos recuerda la derrota del hombre primitivo en una situación similar. Jesús, segundo Adán, hizo aquí lo que el primero, dejado a su libre albedrío, debió hacer y no hizo.

Nosotros sufrimos todas las desastrosas consecuencias de la caída del primero, y todos los saludables efectos de la firme voluntad reparadora del segundo.